

Señor Rector,  
Señoras Miembros de la Comunidad Universitaria-  
Señoras y Señores:

Los que en esta oportunidad egresamos, creemos tener el deber de expresar nuestro pensamiento frente a la Universidad en este momento de despedida.

La miseria molesta por su urgencia. Y cuando hablo de miseria me refiero no ya a la situación de un país en el cual no se posee el progreso tecnológico alcanzado por áreas más desarrolladas, y por algunos de nosotros tan anhelado, sino más bien y con mucha mayor propiedad a la gran masa de la población latinoamericana que no posee las mínimas condiciones de subsistencia. Miseria de favelas brasileñas, de poblaciones marginales santiaguinas, de indios peruanos y bolivianos: en fin, de toda una sociedad en que la diferencia de clases es mayor que en ninguna otra parte del mundo, y en que es posible apreciar en las mismas ciudades, barrios de un lujo exhuberante y en contraste, poblaciones en las cuales seres humanos sobreviven en condiciones infrahumanas. Estos habitantes de Latinoamérica, que muchas veces ni siquiera tienen fuerza para rebelarse, desprovistos de todo incentivo y esperanza, ven que ni aún sus hijos tendrán oportunidad real de acceso a la educación, por haber tenido la desventura de nacer en un hogar humilde.

El sistema imperante, en que unos pocos tienen mucho y la inmensa mayoría nada, sólo en el papel otorga la igualdad que es derecho primordial de todo ser humano.

Y frente a esta realidad aplastante y cruel, en que la sociedad se enfrenta a las exigencias extremas y urgentes de la miseria, existen personas a las cuales se les otorga la oportunidad de poder

usufructuar de los beneficios de una educación universitaria, en un período de su vida en el cual su contribución productiva es urgente y necesaria. En países de una condición de subdesarrollo tan manifiesta como en los nuestros, en los cuales sólo una estricta planificación puede aportar soluciones reales a los problemas inmediatos, a los universitarios se les permite no ya tan sólo una educación especial, sino libertad personal y de vocación, mediante las cuales elegir libremente su futuro. Es una manifiesta situación de privilegio, de la cual se debe estar consciente y que plantea un compromiso ineludible de parte del estudiante universitario. Conciencia que la educación que recibe y los privilegios a ella adjuntos son el producto de una inversión social, que es el aporte de todo el pueblo de Chile; compromiso que va en el orden de, a través de su labor tanto profesional como en todas las áreas a que se aboque, mostrar su deseo de servir y suprimir la miseria imperante.

Es éste el sentido profundo de esta despedida y de estas palabras con que me dirijo a ustedes. No son algo nuevo, sino todo lo contrario: ideas expresadas en reiteradas oportunidades, pero que no todos los profesionales hacen suyas en el momento de llevarlas a la práctica.

Los egresados en esta oportunidad queremos hacer público nuestro compromiso de responder con los esfuerzos y sacrificios que sean necesarios a lo que el pueblo de Chile espera de nosotros y que con toda justicia debe exigir.

Por otra parte, el preguntarse de qué manera las personas que abandonan la Universidad deben enfocar su quehacer en beneficio del país, nos lleva necesariamente a considerar las características de la formación que dichas personas han recibido en las aulas universitarias, por cuanto es a través de esa formación que el

estudiante debe adquirir los elementos que le permitirán más tarde plantear soluciones propias a los problemas que se presentan en la sociedad.

El trabajo universitario tiene, como meta primera, el educar, entendiéndose como tal el permitir en los educandos elaboraciones propias en torno a realidades científicas, sociales, o de cualquier otro orden.

Porque estamos conscientes que ésta no ha sido hasta el momento la labor de la Universidad, porque hemos visto que la profesionalización y una tendencia a la instrumentalización de las ciencias han caracterizado la labor académica, es que planteamos en esta oportunidad estas inquietudes. La Universidad no ha tratado de despertar en los estudiantes estas metas de servicio social y de autoformación, ni mucho menos ha sabido responder a ellas. Todo un proceso de reforma universitaria que se inicia se perfila tras estas palabras.

Para esta labor universitaria se necesita, por otra parte, que tanto profesores como estudiantes, estén conscientes de su labor y dispuestos a llevarla a cabo con plena autenticidad.

Autenticidad que va en el orden de la disposición con que las personas se comprometen en el trabajo universitario. Profesores que estén conscientes que la esencia de su tarea no es calificar, sino más bien enseñar; alumnos, por su parte, que sepan que están en la Universidad no tanto para obtener determinada calificación, sino para adquirir la formación a que se hacía mención. Y este enseñar y aprender, situados dentro de lo que debe ser un auténtico diálogo profesor-alumno, en que experiencia y visiones diferentes se enriquecen mutuamente en una búsqueda común, proyectadas en una dirección de servicio a la Universidad en particular y al pueblo de Chile en general. Sin embargo, en nuestra Universidad esta disposición no se da en todos los casos y es hora de entender que sin ella cualquier intento de auténtica reforma encontrará

tropiezos serios en su gestación y desarrollo.

Los caminos están abiertos, la posibilidad de realizar la nueva Universidad es en estos momentos real y tangible. Creemos y confiamos en que las fuerzas vivas de esta Universidad, profesores y estudiantes, sabrán hacer de ella una conciencia crítica de esta sociedad latinoamericana, mediante su contribución creadora al desarrollo social y económico de nuestros países.

Agradecemos a aquellos profesores que han sabido ser maestros, entregando un testimonio de abnegación y calidad humana. A nuestros padres, que han contribuido a hacer de nosotros lo que somos en este instante, con estos principios y estos ideales. Finalmente, a los sectores nacionales postergados en todo orden de cosas, por la confianza depositada en nosotros. Que Dios nos ayude a no defraudarlos.

Nada más, muchas gracias.

Discurso pronunciado por el señor Iván Schmidt Andrade, a nombre de los egresados, en la ceremonia de clausura del año académico 1968.

Sábado 10 de mayo de 1969

10.5.69

ISA/cmj.

12.5.69

/dal.